

III. ANÁLISIS SOCIAL

AMIGOS, ENEMIGOS Y EXTRANJEROS DE LA MODERNIZACIÓN EN MÉXICO

Pedro Soto Márquez

Me duele verme precisado a tratar como extraños y
enemigos a los que en este mismo lugar traté en otro
ticmpo como amigos y hermanos.
Nopalitzin, segundo rey chichimeca.

1. Marco referencial

En esta nueva oportunidad nos referiremos a un tema al cual le hemos venido dedicando atención en los pasados trabajos del Centro: el asunto del cambio o transición mexicana. Se trata de un hecho que, a nuestro juicio, está afectando a nuestra sociedad de una manera determinante y profunda y que, por lo tanto, es necesario que entendamos y valoremos, para así poder hacernos una idea, lo más clara posible, de la importancia de ese cambio en el devenir histórico de nuestra sociedad. Para ello fundamentaremos nuestro trabajo en el texto de Zigmunt Bauman "Modernidad y ambivalencia", que nos parece de especial importancia para el asunto que nos ocupa.

Cabe decir, previamente, que una de las características más particulares del ser humano es su afán ordenador. Desde que el hombre es hombre ha tratado de crear un orden a su alrededor. Orden cuya función es tanto entender como dominar el mundo. Con relación a esa realidad externa a él, han existido dos líneas de interpretación:

- a) La realidad que no está sometida a la voluntad humana es una realidad desordenada y
- b) La realidad sí tiene cierto orden, pero ese arreglo es ajeno a la voluntad humana.

No importa cuál de las dos perspectivas se considere como la verdadera, a fin de cuentas el resultado es el mismo: el constante esfuerzo humano por someter el mundo a su voluntad e interés; vale decir, a humanizar la realidad circundante.

Éste es, sin duda, un punto de vista relevante para entender la historia humana: la historia de los esfuerzos humanos por controlar, transformar y ordenar la realidad haciéndola a su imagen y semejanza.

Pero esos intentos no se han circunscrito a la realidad no humana, sino que han incluido al propio hombre y a sus comunidades.

También el ser humano ha buscado ordenar su propia vida personal, así como ha intentado de muy diversas formas ordenar a los grupos humanos a los que pertenece, con diversos grados de éxito, pero parece que siempre con un carácter temporal.

Así, podemos hablar de que han habido distintos intentos de ordenar el mundo y la sociedad: un orden medieval, un orden colonial, un orden socialista, un orden republicano, un orden capitalista, un orden fascista, un orden moderno, por citar sólo algunos.

Es precisamente a este último, al orden moderno, a la modernidad, al que se refiere la obra de Zigmunt Bauman que nos servirá de marco de referencia para este trabajo semestral.

En la obra citada, Bauman nos propone, como una manera de entender la modernidad, su apreciación como una situación en la que coexisten el orden y el caos, es decir, en donde existe ambivalencia, pese a los intentos continuos para evitarla.

La práctica típicamente moderna, la substancia de la política moderna, del intelecto moderno, de la vida moderna, es el esfuerzo por definir precisamente –y por ahogar o eliminar algo que podría o debería ser definido (Bauman, 1991, p. 82).

La gran tarea de la modernidad es, entonces, la creación de un orden afín a su manera de entender el mundo político, económico, cultural y social, que adquiere, como en otras etapas de la historia humana, el carácter de absoluto; el propio autor reconoce que esta tarea es prácticamente imposible (aunque no por ello se abandona el intento).

2. El orden moderno

Ahora bien, ¿a qué tipo de orden se refiere?

Se trata del proyecto liberal-burgués sustentado en cuatro columnas: la democracia liberal, la economía de mercado, el derecho racional impersonal y la cultura del consumo.

Francis Fukuyama lo denomina, "... una descarada victoria del liberalismo político y económico" (Fukuyama, 1997, p. 5). Considera que la democracia liberal es la forma definitiva de gobierno de las sociedades modernas, la cual va acompañada por su contraparte económica, el libre mercado, al cual considera también la forma de economía decisiva.

En especial, la abundancia espectacular de economías liberales avanzadas y la diversificación infinita de la cultura consumista, surgida de aquellas, parecen nutrir y preservar el liberalismo en la esfera política. (*Ibid.*, p. 8).

A ellos se suman dos elementos más:

- La cultura consumista y hedonista, a la cual también habría que darle un carácter de un estadio final y
- El estado de derecho cuyo fundamento sería la razón, es decir, el derecho racional e impersonal, como dijera Max Weber.

Lo que queda por hacer, agrega Fukuyama, es llevar esa victoria del liberalismo en el terreno intelectual, al mundo real o material.

Ésa es la tarea que se ha echado a costas el Estado mexicano desde 1867, cuando triunfa definitivamente el liberalismo encabezado por Benito Juárez.

Desde entonces, distintos gobernantes de México tratarán de imponer dicho proyecto social a la nación, con la ilusión de convertir a la patria en un Estado desarrollado, semejante a los Estados Unidos de América y a las potencias capitalistas del momento.

A finales del siglo pasado, será el general Porfirio Díaz el encargado de llevar a la práctica dicho proyecto modernizador, aunque sólo en sus aspectos económicos.

Terminada la Revolución de 1910, el proyecto será retomado por la "familia revolucionaria", agrupada en torno al Estado y a su partido oficial.

En los últimos 15 años, ha correspondido a la tecnocracia encabezada por Miguel de La Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo, sucesivamente, llevar el proyecto liberal-burgués (conocido en América Latina como neoliberalismo) actualizado hasta sus últimas consecuencias.

Actualmente vivimos con particular dureza los efectos de ese nuevo intento de implantación del liberalismo actualizado, que ha sido rebautizado como neoliberalismo.

Su principal indicador es el grave deterioro del tejido y las relaciones sociales, frente a lo cual el Estado ha carecido de los instrumentos adecuados para su control; el desorden en todos los ámbitos de la vida colectiva parece estar ganado la batalla.

El último semestre ha sido especialmente abundante en hechos que ponen de manifiesto el alto grado de desorden que priva hoy en nuestra sociedad: secuestros, asaltos, robos, asesinatos, fraudes, invasión de las calles por manifestantes o el comercio informal; aumento de las medidas de seguridad en casas, comercios, industrias e incluso calles completas, son prueba fehaciente de lo dicho.

Frente a ello, el Estado, a través del gobierno en sus distintas instancias, parece poder hacer poco o prácticamente nada. El caos crece y se percibe aún lejano el día en que los efectos positivos del nuevo proyecto modernizador liberal-burgués, empiecen a hacerse notorios para la sociedad.

Ése es el clima social bajo el que nos encontramos en este fin de año.

Como todo nuevo orden que pretende imponerse, el proyecto liberal-burgués ha propuesto metas, programas, procedimientos, tareas, normas y actores, y ha definido, respecto a sí mismo, quiénes son sus “amigos”, quiénes sus “enemigos” y quiénes son los extranjeros al mismo.

Ellos encarnan, por así decirlo, a los bandos en la lucha por la instauración del nuevo orden y la lucha contra el desorden existente.

Es, entonces, la lucha contra el caos y la ambivalencia, que en nuestro caso es todo lo que no obedece a las reglas del liberalismo y se sujeta a sus normas, la que define quiénes son amigos, enemigos y extranjeros.

Veamos a continuación cada uno de los bandos.

2.1 *Los amigos*

En ese sentido, amigos son todos aquellos que se solidarizan y se corresponsabilizan por el proyecto liberal y colaboran activamente con él. Se trata de los grandes empresarios nacionales y extranjeros, parte del empresariado pequeño y mediano, los funcionarios públicos de alto nivel, buena parte de la burocracia pública y privada y cierto sector de los intelectuales que ve en ese proyecto la salida más viable al subdesarrollo nacional; todos ellos apoyados por las instituciones financieras internacionales, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, El Banco Interamericano de Desarrollo y los siete países más poderosos de la tierra.

José María Mardones los define como los neoconservadores.

Los neoconservadores son modernos. Aceptan la lógica de los sistemas predominantes de esta sociedad: la producción tecno-económica y la administrativa pública (Mardones, 1991, p. 26).

Estos neoconservadores se oponen a todo cuestionamiento a la modernidad, a tocar la racionalidad económica o a cuestionar la ética y los valores que le dan sustento ideológico al proyecto modernizador que encabezan.

En ese sentido son marcadamente intolerantes.

Y consideran como enemigos a todos aquellos espíritus liberales que, a sus ojos, son auténticos portavoces de los valores y actitudes... que minan el humus espiritual y moral en el que enraíza y crece el sistema capitalista democrático (*Ibid.*, 1991, p. 27).

2.2 *Los enemigos*

Por el contrario, se definen como enemigos todos aquellos que de una manera u otra se oponen a dicho proyecto. Los que activamente lo combaten o pasivamente se resisten. Aquí se encuentran, en el terreno intelectual, los que luchan en favor del socialismo, el comunismo, el anarquismo o quienes se inclinan por un liberalismo más humanizado y con carácter social. Están aquí quienes defienden la causa indígena y campesina, o cualquier otra de carácter genuinamente popular.

También podemos encontrar, dentro del grupo de los enemigos intelectuales, a los que José María Mardones denomina como conservadores, aquellos que desencantados del mundo actual de la relatividad moderna, del secularismo reinante, buscan un regreso al pasado. “El conservadurismo siempre ha conservado una pátina de elitismo y melancolía por lo antiguo.” (*Ibid.*, p. 28).

Para estos últimos, “Lo mejor siempre está... de parte del pasado, de lo ya probado, de lo que dio resultado. Una vez descubierto lo fundamental y constitutivo, no hay que abandonarlo.” (*Ibid.*, p. 29).

Conservadores en el ámbito político han sido quienes se han opuesto, desde la propia sociedad política, a los cambios democráticos, al fin del autoritarismo, el paternalismo y el patrimonialismo y se aferran a la verticalidad del Estado corporativo. Aquí se localizan, desafortunadamente, aquellos que dicen defender los intereses de los trabajadores: la CTM, el Congreso del Trabajo, la FSTSE, entre otros.

En el campo económico, los enemigos del proyecto modernizador capitalista han sido quienes han optado por formas de producción fundamentadas en el trabajo colectivo y la propiedad común de la tierra, cuya finalidad es el autoconsumo de las propias comunidades.

Los conservadores en este terreno han sido los que se han obstinado en defender formas de producción precapitalistas de carácter colonial o equivalentes; caciques y terratenientes propietarios de grandes extensiones territoriales, dedicados a la ganadería o la agricultura, que parecen sentirse dueños también de las vidas de sus trabajadores, ¿o debiera decir siervos y esclavos?

Un grupo más de enemigos en el ámbito económico son los que, forzados por las circunstancias, han optado por el comercio informal callejero, el cual va creciendo a ritmos acelerados, diríamos incluso peligrosos para la llamada economía formal.

Algunos especialistas en la materia han señalado que la economía informal en los países latinoamericanos ha alcanzado las dimensiones de la economía legal.

A ellos los encontramos, cada vez en mayor cantidad, en las calles y plazas de la mayoría de las ciudades del país, generando agudos problemas al comercio establecido y a la ciudadanía en general. Hoy sabemos que

mucha de la mercancía con la que comercian es producto del robo o del contrabando, o se trata de productos de muy mala calidad.

Igualmente se han constituido como enemigos del proyecto modernizador liberal, las mujeres, los ancianos, los minusválidos e incluso los jóvenes respecto a quienes existe una actitud ambivalente.

Permítasenos detenernos un momento para tratar el asunto de los jóvenes, los ancianos y las mujeres.

2.2.1 La juventud

Decíamos que respecto a la juventud existe una actitud ambivalente, en efecto así es. Por una parte, la juventud ha dejado de ser simple y sencillamente una etapa de la vida de todo ser viviente, para convertirse en un estado idílico, del cual se nos aconseja, por todos los medios posibles, que evitemos salir.

Mantener un cuerpo sano, una figura esbelta y una imagen atractiva a los demás, se ha convertido en metas culturales que todos debemos perseguir.

Para ayudarnos en esa tarea, la industria, el comercio y el sector servicios se han encargado de poner a nuestra disposición todo tipo de bienes para mantenernos jóvenes; hoy se nos ofrecen clubes deportivos, clínicas de belleza, programas de televisión en donde podemos seguir a apuestos jóvenes y bellas chicas en sus ejercicios aeróbicos, así como todo tipo de productos que sin fatigarnos ni exponernos al medio ambiente contaminado, nos permitirán mantenernos en ese estado ideal que es ser joven.

También se nos ofrecen una serie de lugares para que nos divirtamos y entretengamos y, además, conozcamos gente divertida, de entre las cuales podría surgir la pareja ideal.

Pero, por el otro lado, a esa misma juventud sobrevalorada, especialmente por los medios de comunicación, se le niega, cada vez en mayor medida, las oportunidades reales para su desarrollo personal.

A una educación de mala calidad técnico-científica y carente de formación valoral y espíritu crítico, se suman reducidas oportunidades laborales, que cada vez dependen más del amiguismo, el parentesco o el compadrazgo, que de una adecuada selección del personal más calificado.

Eso ha llevado a muchos jóvenes a prescindir de la educación universitaria y a otros, los menos, a elegir instituciones educativas privadas en

donde podrán hacer relaciones que les permitan incorporarse al mundo laboral, independientemente del campo profesional elegido.

La sobresaturación de ciertas áreas profesionales se ha convertido en un factor más en contra de los jóvenes. La elección de carreras, dejada a la libre elección individual, se ha constreñido a unas cuantas en los campos económico-administrativo, las ingenierías, el derecho, la medicina, la odontología o la comunicación. Ello ha contribuido a la reducción de oportunidades laborales y de desarrollo profesional independiente y a una notable baja salarial debida a la sobredemanda de empleo.

Los sueldos y salarios para la gente joven resultan insuficientes para un sustento digno. Su reducido monto se justifica –dicen los representantes empresariales– en la inexperiencia laboral o, como ya decíamos, en la sobreoferta laboral.

Eso ha conducido a que muchos de ellos elijan la delincuencia como forma de vida. Muchos jóvenes se han dado cuenta de que esta actividad se puede convertir en una manera más fácil de conseguir los bienes y servicios que necesitan para vivir.

En muchos casos hemos podido ver que los delincuentes que realizan un robo o un asalto son gente joven, a veces tan joven que están rayando en la adolescencia sino es que en la niñez.

Otros han optado por migrar a otros países, principalmente a los Estados Unidos, con la esperanza, no siempre confirmada por los hechos, de conseguir un empleo que les permita alcanzar un mejor nivel de vida.

Y se va se va, Pedro al otro lado, lleno de ilusiones,
Pedro va dispuesto a trabajar de todo,
de chofer o campesino, lo que surja en el camino,
Y hasta puede ser que aprenda algo de inglés. (J. Avendaño).

Desde el punto de vista cultural, el joven es un extranjero al que hay que venderle la nacionalidad de la modernidad, tal cual lo hemos expresado al inicio de este apartado; pero como dice el dicho popular, no todo es miel sobre hojuelas.

Uno de los aspectos más engañosos de esa nueva ideología de la modernidad lo constituye la idea del fin de la historia.

¿Se le puede vender legítimamente a un joven la idea de que no hay más modelo de sociedad que el liberal-burgués, de que no hay nada más allá de dicho modelo societario?

¿Se le puede expropiar así a la juventud una de sus características más notables que es la capacidad de soñar nuevos mundos y utopías?

Aún más, ¿se les puede pedir que renuncien a la intención de transformar el mundo en que les ha tocado vivir de acuerdo con esos sueños y utopías?

¡La respuesta es definitivamente no!

2.2.2 *La tercera edad*

En el caso de la tercera edad, la situación es todavía menos favorable, puesto que en la cultura moderna prevaleciente, la ancianidad es vista como algo desagradable, como un estorbo y como un auténtico mal. Dada la gran sobrevaloración que existe por la juventud, la sociedad actual, moderna y capitalista, no tiene mayor interés o respeto por la gente de edad avanzada.

El anciano sobra y estorba. No se le reconoce ni sabiduría ni experiencia y menos aún utilidad, ni que decir de la belleza.

A consecuencia de ello, la propia sociedad no se encuentra preparada para atender a ese importante sector de la población. Faltan entendimiento, sensibilidad, recursos humanos, científicos, materiales y financieros, tanto en el sector público y privado, para una atención adecuada del anciano.

El anciano es también un extranjero frente a la modernidad.

Como a todo extraño, se le teme y se le desprecia, porque es el recuerdo presente de que la juventud es pasajera y de que los hombres como las sociedades son finitas. En ese sentido, el anciano es un obstáculo a la modernidad que se niega a morir, a dejar de ser (por eso está en la búsqueda continua de su actualización).

Económicamente es una carga que nadie quiere atender.

Datos proporcionados por el diario *UnoMásUno*, señalan que actualmente más de tres mil ancianos deambulan por las calles de la ciudad de México, mendigando unas monedas para poder comprar un pan o una medicina. En muchos casos están ahí gracias al abandono de sus propias familias, para las cuales se convirtieron en un estorbo, y a que nadie desea hacerse cargo de ellos.

2.2.3 *La mujer*

Respecto a las mujeres, la actitud de la modernidad (a la mexicana) ha sido tan ambivalente como para el caso de los jóvenes.

Sólo por un lado la mujer es objeto de una veneración casi religiosa, sobre todo cuando se trata de su carácter de madre; pero con igual vehemencia se le discrimina e ignora.

Cuando se trata de hacer válidos sus derechos, cualesquiera que éstos sean –salud, educación, empleo, salario justo, reconocimiento a sus capacidades intelectuales, morales o profesionales– siempre existe un pretexto para no hacerlo.

Para nadie debe resultar sorprendente que a la mujer se le restrinja el acceso a determinados tipos de empleo que se consideran exclusivos para hombres.

Tampoco debe resultar novedoso que a la mujer se le pague menos por un trabajo equivalente al de un hombre, con el pretexto de que el hombre es el jefe del hogar y, por tanto, el principal encargado de su manutención.

Igualmente a nadie debe hoy resultar extraño que a muchas mujeres se les despidan cuando se sabe que están embarazadas, o se les niegue de entrada el trabajo, porque un día se van a casar y a embarazarse y, en consecuencia, van a abandonar el trabajo.

En la sociedad mexicana actual aún persiste la idea de que la mujer debe permanecer en la casa, dedicada a las tareas del hogar: el cuidado de los padres, la atención al marido y los hijos, la administración de la casa.

Todas estas actitudes resultan un abierto contrasentido que contrasta con el discurso ideológico de la modernidad liberal, en el cual se sostiene la igualdad de hombres y mujeres en derechos, deberes y oportunidades. Los hechos demuestran que sucede lo contrario. Salvo casos muy limitados, la igualdad todavía no se lleva a la práctica de una manera generalizada.

2.2.4 *El trabajador*

El trabajador en general también ha venido a ser un enemigo de la modernidad, en la medida en que éste se ha opuesto a una serie de medidas propuestas en el proyecto neoliberal.

Es el caso de la oposición a las reformas a la Ley Federal del Trabajo, que promueven la llamada “flexibilidad laboral” y la desaparición de los contratos colectivos; la oposición al desmembramiento del sistema de seguridad social que se ha pretendido privatizar, la defensa del salario digno y las prestaciones que se intentan eliminar, etcétera.

Como respuesta a su oposición, los trabajadores se han encontrado con toda una serie de vicios y corruptelas que van desde la corrupción de líderes y autoridades en materia laboral; el blanqueamiento de sindicatos, la desarticulación del movimiento obrero, hasta la represión directa y el despido.

Es notable la reducción del estallamiento de huelgas en los últimos tiempos, y más notorio aún es su fracaso como medio de lucha legal.

2.2.5 El indígena

Pero tal vez el más grande enemigo del proyecto modernizador liberal, desde el nacimiento de este país, ha sido el más antiguo habitante de estos territorios: el indígena que de una u otra manera ha persistido en su afán de sobrevivir y trascender su situación de sometimiento y marginación.

Para ellos, el Estado ha ofrecido sólo dos opciones: el exterminio o su absorción al nuevo orden, previa negación de sus culturas, territorialidad y su ser individual y colectivo.

El sistema educativo está allí listo para ayudarlos, entre otras cosas, a olvidar su pasado, sus orígenes y su cultura.

También está, por cierto, para introducirlos en la modernidad, en el progreso, el consumismo, la productividad y la eficiencia; en síntesis, para hacerlos hombres y mujeres modernos.

Actitud que contrasta notablemente con el amor desmedido que se tiene por el indígena cuando es una figura de pasta en un museo. Entonces sí que se les valora. En esos espacios, se suele manifestar un orgullo envidiable por el ser indígena de la nación. Ahí está el origen de la patria ¿o no?

Más de 200 indígenas asesinados en los tiempos recientes, a los que se deben sumar los últimos 45 masacrados en Acteal, municipio de San Pedro Chenalhó, Chiapas, por guardias paramilitares, dan cuenta del carácter intoleroante y ambivalente de la actitud de quienes llevan a cabo el proyecto modernizador, desde el siglo pasado hasta nuestros días.

2.3 *El extranjero*

Finalmente, extranjeros son aquellos que resultan ajenos al orden impuesto.

“El extranjero es un miembro (quizá el principal, el arquetípico) de la familia de los innombrables”, dice Bauman (1991, p. 95), debido a que no cabe en ninguna de las categorías clasificatorias previamente establecidas.

El extranjero “no habita” en el orden creado y por esa razón se constituye en una amenaza y en un peligro. Un peligro aún mayor que los enemigos conocidos.

En este caso la modernidad liberal-burguesa muestra una de sus peores caras: la de la intolerancia irracional a todo lo que es diferente y no encaja en su visión del mundo y proyecto de orden.

Para ellos la única solución es la eliminación.

Como hemos visto, los ancianos caben muy bien en esta categoría, igual que los nativos de estas tierras.

Son extranjeros en su propio territorio conquistado, y por lo tanto una amenaza, porque insisten tercamente en vivir con ideas y costumbres que nada tienen de modernas, aislándose del progreso y la civilidad física, intelectual y moralmente, dicen los entendidos.

Ahora bien, ¿por qué se combate tan fuertemente a los enemigos y a los extranjeros?

Erving Goffman, sociólogo norteamericano, nos propone como respuesta el hecho de que tanto los enemigos como los extranjeros son objeto de estigmatización. Se combate a unos y otros no sólo por sus diferencias respecto al orden establecido (enemigos) o su extrañeza frente al mismo (extranjeros), sino también porque en su calidad de contrarios o ajenos son objeto de un estigma, es decir, objeto de nuestro señalamiento en cuanto son portadores de alguna característica que valoramos negativamente; aquí caben las diferencias políticas, raciales, culturales, antropomórficas, idiomáticas, de género, de preferencias sexuales o de cualquier otro tipo, y como bien dice Goffman, “Creemos, por definición, desde luego, que la persona que tiene un estigma, no es totalmente humana” (1995, p. 15).

Lo que no es humano total o parcialmente, es muy fácil que sea objeto de discriminación y de destrucción, ya que su eliminación no provocará sentimiento alguno de culpabilidad y arrepentimiento.

Allí está el caso de los negros esclavizados en el sur de los Estados Unidos antes de la guerra civil, o el de sus similares durante el periodo colonial en América Latina, encargados de los más rudos trabajos y sometidos al más bestial de los tratos, o si se quiere un ejemplo más contemporáneo, ahí están los múltiples casos de genocidio perpetrado en contra de indígenas en el estado de Chiapas o en Guerrero (Aguas Blancas), o el caso de los jóvenes de la colonia Buenos Aires, o el de tantas mujeres maltratadas por sus maridos, novios, amantes o padres. Las cifras sobre maltratos a la mujer son verdaderamente escalofriantes.

Y aún más, se cree también que aquel que carga con un estigma a cuentas tiene un sinnúmero de defectos más que hacen aún más desagradable su presencia.

Como hemos podido ver hasta este momento, dada la complejidad creciente de las sociedades modernas, como es la nuestra, los enemigos y extranjeros del modelo societario liberal-burgués y el proyecto que le acompaña, son muchos y muy variados. Con el paso del tiempo han tendido a multiplicarse y diversificarse, complicando la tarea ordenadora del proyecto.

Esto ha sido especialmente notorio en el último año, en que como todos hemos visto, las relaciones sociales han alcanzado un alto grado de deterioro que a veces nos parece incontrolable.

Frente a esos grupos y otros muchos más, se ha mostrado poca capacidad de tolerancia, diálogo y aceptación; por el contrario, ha predominado el afán de dominio y sometimiento, vale decir de ordenamiento forzado, expresado de múltiples maneras: impunidad en el actuar de las autoridades, exceso en el uso de la violencia –llegando incluso al asesinato, como es el caso de los jóvenes de la colonia Buenos Aires de la capital de la República–; violación de leyes y reglamentos en favor de los más poderosos; invención de delitos y culpables, encubrimiento de los responsables de acciones ilícitas y un sinnúmero de hechos más que sería imposible mencionar en este breve espacio.

Así las cosas, se hace necesaria la búsqueda de un modelo alternativo societario, de un proyecto civilizatorio, de un nuevo orden más humanitario, justo y equitativo, en el que se genere un nuevo tipo de orden que resulte aceptable y respetable para el conjunto de la sociedad. En el

entendido de que se trataría de un orden siempre abierto al tiempo y a su perfeccionamiento.

Estamos muy a tiempo de pensarlo.

Sin pretender tener el monopolio de la verdad al respecto, en el último apartado del trabajo proponemos algunas ideas a discusión respecto al citado proyecto.

3. Algunas ideas para la creación de un orden alternativo

Prosiguiendo con lo dicho anteriormente, en esta última parte de nuestro trabajo intentaremos aportar algunas ideas con relación a la posibilidad de construir dicho proyecto alternativo.

A ello dedicaremos las siguientes líneas.

En primer lugar nos parece importante llamar la atención en la necesidad de que un posible proyecto alternativo tenga un carácter participativo e incluyente; es decir, un proyecto en cuyo diseño y aplicación participen los diferentes grupos y sectores que componen la sociedad.

En segundo término habría que considerar que dicho proyecto no puede dejar de tomar en cuenta las circunstancias que privan actualmente en el mundo. No es posible construir un proyecto a espaldas del resto del planeta.

Vivimos ya la era de la aldea mundial.

Como tercer punto, resalta la necesidad de considerar el respeto por el medio ambiente. Hoy más que en ninguna otra época, se debe recordar que el hombre es hombre en la naturaleza y no por encima de ella, como muchos han creído hasta nuestros días.

En cuarto lugar habría que considerar el respeto a la diversidad de intereses y a la variedad cultural que constituyen la realidad nacional contemporánea. Sería repetir los mismos errores del pasado y el presente pretender fusionar o unificar esa multiplicidad cultural. Ella representa una de las riquezas más grandes de México, que no sólo hay que preservar sino también alentar.

Si hoy se estigmatiza lo distinto, por el contrario habría que valorar su originalidad y variedad.

Eso nos lleva al quinto punto, que no es otro que la necesidad de promover la creatividad ciudadana tanto individual como colectivamente, en todos los aspectos de la acción humana. Sólo un pueblo creativo es capaz

de generar nuevas ideas y proyectos. El pueblo mexicano ha sido especialmente rico en manifestaciones creativas, ahora habría que encaminarlas al desarrollo de ese multimencionado proyecto.

En sexto lugar, no puede dejarse de lado la recreación de un fuerte espíritu nacionalista, no patriotero, que permita otorgarle un sentido colectivo e incluyente al proyecto.

México necesita ese tipo de actitud en sus gobernantes, empresarios, funcionarios, burocracia, educadores, comerciantes, amas de casa, enfermeras, en fin, en todos sus miembros.

De una manera muy especial, debe fomentarse esa actitud en la juventud, desde las etapas más tempranas de la vida y la educación.

El punto clave es qué tipo de Estado, sociedad, hombres y mujeres queremos tener, y qué tipo de orden y relaciones tiene que haber entre ellos. Proponemos un nuevo orden sin enemigos, sin extranjeros, sin estigmatizados, en la medida de lo posible y lo realizable.

4. El caso chiapaneco

Con base en lo anterior, permítasenos agregar unas pocas palabras con relación al caso del estado de Chiapas desde nuestro particular punto de vista.

El único camino viable para dar una verdadera y positiva solución a la problemática de aquella entidad es una decidida acción conjunta del Estado y la sociedad, que permita de una vez por todas romper las relaciones políticas, económicas, culturales y sociales premodernas que prevalecen.

Nos parece que no basta con que el Estado negocie con los zapatistas tal o cual acuerdo, o que de manera parcial se desarme a cierto sector de la sociedad chiapaneca. Efectivamente hace falta un desarme general, pero éste debe incluir a los grupos paramilitares, las guardias blancas, los cuerpos policiacos fantasmas, no sólo al EZLN. También debe incluir el retiro del Ejército de aquellos territorios.

Pero lo más importante para modernizar aquella entidad y crear un orden social justo e incluyente, es la participación de toda la sociedad chiapaneca en su conjunto, por encima de partidismos políticos o religiosos, intereses económicos, privilegios clasistas.

Para ello no es suficiente la buena voluntad de los diferentes actores; hace falta también un profundo cambio de actitudes en la población, cosa

nada fácil de lograr en general, y menos aún en las circunstancias que actualmente vive ese estado, que permita construir un diálogo fructífero para todas las partes. Pero hoy todos tendrán que ceder en algo; que sea en intolerancia, enemistad, odio, rencor, discriminación, egoísmo, extrañamiento.

Se trata de una tarea que no puede esperar más. En gran parte el destino de la nación está en juego. Lo que pase o deje de suceder en Chiapas tiene y tendrá grandes repercusiones en el conjunto de la nación. Fingir que no pasa nada o que lo que allá sucede no tiene mucha importancia, es cometer un grave error de apreciación que puede costar muy caro, mucho más de lo que hoy puede costar valorar adecuadamente la situación, negociar y dialogar.

Bibliografía

Bauman, Zigmunt. *Modernidad y ambivalencia*, Londres, Polity Press, 1991.

Clavijero, Francisco Javier. *Historia antigua de México*, México, Editorial Porrúa, 1991.

Goffman, Erving. *Estigma*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1995.

Fukuyama, Francis. "Entrando en la poshistoria" en *Problemas de la civilización contemporánea I individuo y sociedad*, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 1997.

Mardones, José María. *Posmodernidad y neoconservadurismo*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 1991.